

ALALZA.A LABAJA

AL ALZA, el joven alpinista manzanareño, **Pablo Moraga**, que ha conseguido el récord de ascensión más rápida del Pico Duarte, la montaña más alta de la República Dominicana con 3.098 metros de altura. Moraga empleó quince horas y quince minutos para completar un recorrido de 71 kilómetros, con 4.749 metros de desnivel positivo y 5.092 metros de desnivel negativo. Esta gesta forma parte del proyecto social y educativo de la ONG Sonrisas y Montañas.

AL ALZA, la Asociación **Puertas Abiertas** de Tomelloso que ha alcanzado los 20 años de edad, una efemérides digna de celebrar para una asociación que lucha por los derechos y oportunidades de las personas con enfermedad mental.

AL ALZA, los galardonados en el **III Premio de Investigación Cervantina José María Casasayas** cuya entrega tuvo lugar el pasado 18 de abril. **María Fernández Ferreiro**, de Lugo, y **Alfredo Moro**, de Valdepeñas, recibieron *ex aequo*, el premio.

AL ALZA, el cariñoso homenaje que la **Unión Musical Ciudad de Tomelloso** brindó en su último concierto a nuestro colaborador y gran amante de la música, **Eugenio Serrano**, cuyas críticas de los conciertos figuran entre las mejores páginas de nuestra hemeroteca.

A LA BAJA, la presidenta de Castilla-La Mancha, **María Dolores de Cospedal**, que opta a la reelección prescindiendo en las listas de todos sus consejeros. Primero dejó sin sueldo a los diputados de la oposición, después reformó la Ley Electoral para reducir las Cortes Regionales y acomodar las circunscripciones provinciales a sus intereses y ahora da con la puerta en las narices a sus más cercanos en un ejemplo de deslealtad con los integrantes de su propio Gobierno sin parangón.

En este número:



La Peña Los Canuthi
presenta un nuevo libro
de Julio Pérez Cuartero

/20

Atlético Tomelloso y La
Solana se juegan sus
opciones de ascenso en
un partido decisivo

/32

POR CAMPO D'FIORI

El matrimonio

Valentín Arteaga

El matrimonio no es un simple ponerse de acuerdo un hombre y una mujer para vivir juntos. Ni un mero contrato. Es la presencia y el acompañamiento de Dios dentro de la familia. El amor siempre remite a Dios. No hay realidad que sea en sí misma más sagrada que la conjunción de amor total de esas dos personas —un hombre y una mujer— que libre y responsablemente deciden decirse sí el uno al otro para siempre. Y no son las ceremonias ni las bendiciones de afuera las que hacen sagrado el hecho matrimonial, pues en sí mismo el amor entre un hombre y una mujer es un lugar en el que danza y canta delante de Dios toda la creación.

El matrimonio es la más íntima comunidad de vida y de amor imaginable. En el matrimonio hay dos torrentes, el torrente de lo masculino y el torrente de lo femenino, que están aspirando toda la vida a ser uno solo y serlo por toda la eternidad. Casarse es pues, disponerse un hombre y una mujer, de manera consciente, a poner, generosa y libremente, su relación de esposos allí donde debe estar: en las manos de Dios. El Sacramento del Matrimonio expresa y vive esto. Cuando un hombre y una mujer ponen su proyecto de vida y de por vida consciente y responsablemente en las manos de Dios —en su Iglesia y para su Iglesia— tiene lugar el Sacramento.

No confundamos el Sacramento del Matrimonio con los añadidos y los postizos que se suelen echar encima de las celebraciones matrimoniales: flores, alfombras, fotos, banquetes y... a las que está invitado todo el mundo menos el Señor. A la hora de preparar los tarjetones de la boda el primer invitado de toda la lista de familiares y amigos tiene que ser el Señor, pues a partir de la boda el camino a andar por los esposos no es un camino de dos, sino de tres: los esposos y Cristo, cuya primera manifestación como Dios ocurrió en unas bodas, las de Caná de Galilea. El evangelio de las bodas de Caná de Galilea ha de irse reactualizando cada día en la rela-

ción matrimonial. Querer y permitir, por parte de una pareja, que Dios transforme su amor humano en un Sacramento de Iglesia es estar dispuestos a expresar en su vida el amor de Dios: en su abrazo esponsal, en la acogida y el diálogo mutuos, en el respeto recíproco y la comunión de corazones. Su razón de ser radica en poder afirmar y confesar: «Dios está aquí». La casa, la pareja, el ejercicio del sexo, la procreación, la familia son «indicadores» y «señales» de Dios. Toda la realidad matrimonial está penetrada por la Gracia de Dios.

Hoy en día no sólo hay cada vez menos «matrimonios a lo humano» y, menos aún, «matrimonios a lo cristiano», sino que se multiplican los «matrimonios absolutamente vacíos». El matrimonio y la familia, en el momento actual, están heridos en su raíz. Es terrible cómo se va «rebajando» progresivamente la especie humana. La verdad, sin embargo, es la siguiente: el Sacramento del Matrimonio es una luz para quienes van extraviados entre la oscuridad. Mientras haya matrimonios cristianos, quedará esperanza para recomponer el mundo, porque dentro de su sacramento está el amor de Dios. En santificar, en llenar de Dios, todo lo relativo al sexo, la procreación, la educación de los hijos, la casa, la familia, consiste la «Misión» que arranca de la vocación a vivir el matrimonio como Sacramento de la Iglesia. Los matrimonios cristianos serán, pues, los grandes aventureros del siglo XXI. En la propia casa, en primer término. Entre sí y sobre todo con los hijos. Uno de los fines primordiales del matrimonio es tener hijos. Dios ha decidido continuar siendo Padre en la familia y por medio de la familia a través de un acto responsable. ¿Qué quiere decir esto? Que un hijo no tiene que venir al mundo ni por casualidad ni llamando a la puerta como un huésped inoportuno. ¿Cuántos hijos? Todos aquellos que se puedan educar humana y cristianamente teniendo en cuenta que la educación es una procreación continuada. En segun-

do lugar, en la sociedad en la que tienen que estar inmersos. ¿Cómo? Iluminando, acompañando y situando. Como hacen los acomodadores en los cines. Cogen su linterna y, con sumo cuidado, sin deslumbrar a nadie, iluminan, acompañan y sitúan. Los esposos cristianos deben hacer descubrir con su ejemplo de vida el sitio que tienen el amor, el sexo, la procreación y la familia.

Los esposos cristianos no han de olvidar nunca que, al casarse en el Señor delante de una comunidad cristiana, el Señor y la Iglesia les hacen el encargo de preparar el advenimiento del mundo nuevo. Conscientes de que es mucho mejor «encender una cerilla que maldecir la oscuridad», los esposos cristianos viven su amor conyugal de manera iluminante. Cuenta un novelista francés que un ciego gritaba en París, a las puertas de la Catedral de Notre Dame: «Vosotros, que decís que tenéis la luz, ¿qué hacéis con la luz?» Hay, en el tiempo actual tanta juventud quemada, tantos muchachos y muchachas entre la asfixia y el grito, porque va desapareciendo la familia. La casa no es una fonda, sino el templo de la Iglesia doméstica. Curemos la familia y curaremos el mundo.

El matrimonio y la familia han de reproducir en sus vidas el primer milagro de Jesús en Caná de Galilea: «¿No tienen vino!» ¿Qué le diría, en la actualidad, la Virgen a su Hijo en muchísimas bodas? «No tienen fe». «No tienen ideales». «No tienen capacidad de sacrificio». «No se aguantan». «No se respetan». «No tienen alegría». «No hay diálogo entre ellos». «No se confían el uno al otro». «Se aburren». «No rezan»...

Es extraordinaria y enorme la particularidad que supone el matrimonio vivido como sacramento. No es un simple ponerse de acuerdo de un hombre y una mujer para vivir juntos. No es mero contrato humano. Es la presencia y el acompañamiento providenciales de Dios dentro de la familia. El porvenir y el futuro de la Iglesia hoy y del mundo están en las parejas cristianas matrimoniales.